

Notas desde París

Heidegger, Principio de Razón

Nelson A. Vallejo G.

A ese filósofo que sufre en silencio:
Luis Carlos Velásquez

"Todo depende de nosotros, dice Strauss. Sin duda, comenta Heidegger, todo depende de nosotros, de nosotros y de algunas otras cosas, especialmente del punto de saber si nosotros podemos y queremos todavía Meditar".

Una estrella que sigue brillando con luz propia en el ámbito del pensamiento occidental aparece de nuevo: Martin Heidegger. La publicación del Principio de Razón, en una colección de bolsillo ("Tel" Gallimard), es un verdadero acontecimiento. Acontecimiento que va a pasar desapercibido dentro de la máquina de producción literaria de París. Después de todo, se trata del quinto libro de Heidegger en el catálogo de esta colección. ¿Por qué señalar que un editor pone sobre el mercado algunos miles de ejemplares de este libro del cual nadie oye hablar? Ciertamente. El acontecimiento no es la aparición del libro.

El acontecimiento tendrá lugar cada vez que el libro sea leído. Es un libro que ha sido escrito para protestar contra otros acontecimientos (la guerra nuclear, por ejemplo). Heidegger habla allí de la Era Atómica.

El Principio de Razón reproduce un curso dictado en la universidad de Fribourg-en-Brisgau durante el invierno 55/56. Heidegger tenía entonces 66 años. Al fin del libro, añadió una conferencia tomando los mismos temas, pronunciada en Breme y en Viena, meses más tarde. La obra es entonces dividida en dos partes iniguales: las trece lecciones del curso, seguidas de sus veinte páginas conteniendo el texto de la conferencia. Llegar a la conferencia después de haber "caminado" por Sendas Perdidas, por estas lecciones como a través de los campos, es un raro placer de lectura. Es como si uno hubiera seguido de un extremo al otro las repeticiones de una pieza de teatro asistiendo al fin a la primera, donde todo está en su lugar y funciona a las maravillas.

Basta haber visto dos o tres veces a Heidegger a edad avanzada para comprender que él era listo, astuto y lleno de humor. El Principio de Razón es un verdadero suspenso y se lee como una novela policiaca, elemental mi querido... La heroína es la razón, que se oculta bajo varios seudónimos. Heidegger la acusa a través del tiempo y del espacio como a caballos de luz hacia el camino de la diosa sabiduría. El la encuentra en Roma bajo el nombre

de ratio, en París escondiéndose en compañía de Leibniz, llegado a la "Ciudad luz" para convencer a Luis XIV de atacar Egipto. Leibniz deviene entonces el héroe, el personaje masculino principal. Uno sigue a Heidegger a Londres y a Amsterdam donde habla con Spinoza. La razón termina por abrigarse en Alemania. Ella se llama tanto Grund, tanto Vernunft. En el último flash-back, encontramos la Razón en Grecia. Ella inspira a Heráclito. Hay humor y libertad de vuelo en los cursos de Heidegger. Después de un desenvolvimiento del tema principal de la existencia contemporánea que rebusca la Seguridad, muestra que Leibniz, creador del Principio de Razón Suficiente, fue también el inventor de un Seguro sobre la vida. Comienza un curso el día del aniversario del nacimiento de Mozart y lee a sus estudiantes una carta de éste: "Pidamos a Mozart que nos guíe en este momento por nuestro camino". En seguida Heidegger recae sobre sus pies leyendo la carta de Mozart respecto a lo que había dicho antes en un curso precedente: el pensamiento consiste en ver (videntes) y oír (oidores).

Estos cursos son fuegos de bengala, centellitas mágicas que alumbran por momentos como un rayo sendas a seguir en el laberinto de la razón técnico-moderna. Las centellitas no esconden la progresión de un fuego en línea recta, correcta. Heidegger había alcanzado una tal maestría que se permitía hablar de todo sin dejar de tratar el sujeto central. Parece decir lo que

se le viene a la mente en el momento, pero nada ha entrado en su cabeza por simple azar. No hace más que servirse como el poeta se sirve de la inmensidad de la noche estrellada. El pensamiento emana entonces como un hervidero. Es lo contrario del virtuosismo. Es la simplicidad. Habla de Goethe, de Cicerón, de Bach, del místico Angelus Silesius y de su garajista. El dueño del garaje aparece en escena asustado a propósito de la palabra griega problema: "En nuestra lengua devenida sin relieve, todo el mundo utiliza la palabra problema; el garajista, por ejemplo, cuando este honorable técnico limpia las bujías engrasadas y observa: no hay problema!". En lo que, por cierto, tiene razón.

En otros lugares los abetos de la Selva Negra ayudan a Heidegger a hacer comprender el desdoblamiento de sentido de la palabra ratio.

¿Qué es el Principio de Razón? El se enuncia: Nihil est sine ratione, nada es sin razón. Principio que plantea el problema de la causalidad o origen-primerode-toda-cosa. El golpe de teatro, que interviene en mitad del libro, es el acento dado por Heidegger al verbo Ser en esta frase: Y como en una novela policíaca se abre el ojo en los puntos claves.

Heidegger observa de entrada que ese Principio, que parece un lugar común donde los hombres se reúnen, esperó dos mil trescientos años antes de ser reconocido como ley y puesto por Leibniz en el siglo XVII como Principio-todo-poderoso.

Este Principio sería responsable de la liberación del átomo, no tanto el Principio-en-sí como más bien una interpretación que olvida (oh! sagrada nostalgia ontológica) tener en cuenta el verbo ("es") y se ocupa más que todo de "nada". Recordemos la pregunta fundamental de la Metafísica planteada por el mismo Heidegger: "Por qué el ser y no más bien la nada?".

El lector cree soñar cuando ve aparecer en escena el nombre de Franz Josef Strauss, quien fuera entonces (1956) ministro de la Defensa nacional. Strauss, citado por Heidegger, escribe: "Todo depende de nosotros!" Heidegger comenta: "Sin duda, todo depende de nosotros! y de algunas otras cosas, especialmente del punto de saber si nosotros podemos y queremos todavía meditar". Heidegger encuentra que la pregunta de saber,

si será hecho un uso pacífico o militar de la energía atómica, es secundaria. El se entristece de que el hombre de hoy sea de más en más a órdenes del Principio de Razón y que el lenguaje haya devenido un simple medio-de-información. La palabra clave, precisa él, es la palabra Información, "pronunciada y entendida a la anglosajona". El constata que nosotros nos ocupamos del "por qué" dejando de lado el "porque".

El papel histórico de Heidegger en los años cincuenta habrá sido el de aplastar el Principio de Razón y de decir: "Ser quiere decir razón". Y ser es ante todo lo que se muestra: la vida y el movimiento. Tenemos problemas con los átomos cuando perdemos esto de vista. ¿No amerita esto ser pensado? ¿Podemos tomar a la ligera la frase final donde Heidegger, que media como un dios sus palabras, previene que el futuro de la Tierra y del Hombre sobre esta tierra depende de las respuestas que daremos a "eso que merece ser pensado"?

No hay una lectura más urgente que la del Principio de Razón. Podríamos al menos distribuir el libro entre los jefes de Estado y en la Conferencia de Ginebra. Soneto de alarma: es necesario no renunciar a Pensar... "y ¿qué significa pensar?" coraje, fuerza, atrevimiento, como el amor que es de altos gritos y atrevimientos. ■

(Heidegger. PRINCIPIO DE RAZÓN. París, Ed. Gallimard, 1983.

